

*Anales de
Antropología*

Volumen 37

2003



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Anales de Antropología

FUNDADOR JUAN COMAS

CONSEJO EDITORIAL

Lyle Campbell, Universidad de Canterbury

Milka Castro, Universidad de Chile

Mercedes Fernández-Martorell, Universidad de Barcelona

Santiago Genovés, Universidad Nacional Autónoma de México

David Grove, Universidad de Illinois, Universidad de Florida

Jane Hill, Universidad de Arizona

Kenneth Hirth, Universidad Estatal de Pennsylvania

Alfredo López Austin, Universidad Nacional Autónoma de México

Claudine Sauvain-Dugerdil, Universidad de Ginebra

Gian Franco De Stefano, Universidad de Roma

Cosimo Zene, Universidad de Londres

EDITORES ASOCIADOS

Yolanda Lastra, Universidad Nacional Autónoma de México

Rodrigo Liendo, Universidad Nacional Autónoma de México

Rafael Pérez-Taylor, Universidad Nacional Autónoma de México

Carlos Serrano Sánchez, Universidad Nacional Autónoma de México

EDITOR

Lorenzo Ochoa, Universidad Nacional Autónoma de México

Anales de Antropología, Vol. 37, 2003, es editada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. ISSN: 0185-1225. Certificado de licitud de título (en trámite), Certificado de licitud de contenido (en trámite), reserva al título de Derechos de Autor 04-2002-111910213800-102.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2004, en *Impresos ENACH, S.A. de C.V.*, México, D.F.

La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90g; responsable de la obra: Lorenzo Ochoa; su composición se hizo en el IIA por Martha Elba González y Ada Ligia Torres; en ella se emplearon tipos Tiasco y Futura de 8, 9, 11 y 12 puntos. La corrección de estilo estuvo a cargo de Adriana Incháustegui; la edición estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres y Héliida De Sales. Diseño de portada: Francisco Villanueva. Realización: Martha González. Fotografía de portada: detalle de textil totzil de Chiapas, México.

Adquisición de ejemplares: librería del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Circuito Exterior s/n, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, México, D.F., tel. 5622 9654, e-mail: libreria@servidor.unam.mx

LA MUERTE DE UNA JOVEN EN PARTO Y SU
SIGNIFICADO EN LA VIDA LACUSTRE: EL ENTIERRO 5
EN EL ISLOTE 20, LA CIÉNAGA DE CHIGNAHUAPAN,
ESTADO DE MÉXICO

*Yoko Sugiura Y., Liliana Torres Sanders, Mariana Covarrubias G.,
Mauro de Ángeles G.*

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

*Burial assemblages are more likely to be
“complete” representations of specific, bounded,
intentional actions in the past and therefore likely
to signify a coherent set of thoughts or
actions that come into play as a part
of death rituals.
Lynne, 1999: 85*

Resumen: A finales del periodo Clásico (550-600/650 dC) se construyeron islotes en la zona pantanosa de la antigua ciénaga de Chignahuapan, ahora cabecera municipal de Santa Cruz Atizapan, estado de México, y su ocupación alcanzó apogeo durante el Epiclásico (700-900 dC). Los grupos humanos que habitaron esos islotes desarrollaron un complejo vínculo indisoluble con el entorno lacustre. La vida de aquellos isleños pendía, en efecto, de un equilibrio frágil y delicado que les permitía un modo particular de interrelación con su ciénaga. Las exploraciones arqueológicas realizadas recientemente en uno de los islotes del sitio han arrojado una serie de datos que permiten adentrarnos en la vida isleña, en la cual el ritual lacustre tuvo una preponderancia insospechable. Uno de los testimonios que refiere esa importancia es el entierro de una joven muerta durante el parto, descubierta en el año 2000. El presente artículo gira en torno a dicho entierro que, por un lado, presenta características únicas dentro de los entierros localizados en este islote y, por otro, manifiesta una profunda implicación con el ritual relacionado con lo acuático y lacustre.

Palabras clave: Periodo Epiclásico, ciénaga de Chignahuapan, cuenca alta del río Lerma, ritual lacustre, modo de vida lacustre, muerte durante el parto.

Abstract: At around the Terminal Classic (550-600/650 AD), many man-made islands were constructed at the lakeshore of the Chignahuapan Marsh, Upper Lerma Basin,

located in the present town named Santa Cruz Atizapan, state of México. The construction of these small islands reached to its apogee during the subsequent Epi-Classic Period (700-900 AD). The island inhabitants developed a complex mode of life based on a tight relationship with their lacustrine surroundings. In effect, the life of these islanders was pending to a fragile and delicate equilibrium and positive interaction with the lacustrine conditions, which were necessary to their survival as human group. Recent archaeological explorations conducted on one of these islands of the site unearthed many important data that revealed the core aspects of this particular life mode, in which aquatic and lacustrine rituals had an undeniable importance. One of the evidences referring to this is a burial of a young woman excavated in the year 2000 who, apparently, died during the childbirth. This article concerns with the above mentioned burial which presents unique characteristics of nearly 60 burials excavated in this artificial island, as well as strong implication of the aquatic rituals.

Keywords: Epi-Classic period, marshland of the Upper Lerma Basin, aquatic rituals, lacustrine mode of life, death at childbirth.

INTRODUCCIÓN

En la historia milenaria del Altiplano Central mesoamericano, por lo menos en la región llamada lagos y volcanes de Anáhuac, sobresalen dos elementos: los cuerpos de agua y los múltiples volcanes circundantes. El testimonio de su importancia es patente desde la primera llegada de grupos humanos a dicha región, como lo muestran numerosos sitios arqueológicos en Zohapilco, Tlapacoya, Terremote-Tlaltenco, Chalco y Xochimilco en la cuenca de México, Pátzcuaro y Zacapu en la región lacustre michoacana y la de Puebla-Tlaxcala (Arnauld *et al.*, 1993; Lorenzo y Mirambell, 1986; Niederberger, 1976, 1987; O'Hara *et al.*, 1993; Parsons *et al.*, 1982; Serra, 1988; Tolstoy, 1971).

La historia del valle de Toluca, que forma parte de la región de lagos y volcanes del Anáhuac, no es una excepción. En él nace el río más largo de México, el río Lerma, que se vierte en el Océano Pacífico con el nombre del río Santiago, después de recorrer 705km a través de la cuenca lacustre más extensa de la República Mexicana, conocida como la cuenca Lerma-Chapala-Santiago. Desde antes, el valle de Toluca, ubicado en la región del Alto Lerma, se ha distinguido por sus ciénagas y volcanes, los cuales han dejado profundas huellas en el devenir histórico de la región (figura 1).

Existen firmes evidencias de la presencia de grupos humanos sedentarios en la cuenca alta del Lerma que se remontan a más de tres mil años. Estos asentamientos pequeños y dispersos se sustentaban por medio de una agricultura incipiente y conocieron el uso de cerámica; pero también cabe la posibilidad

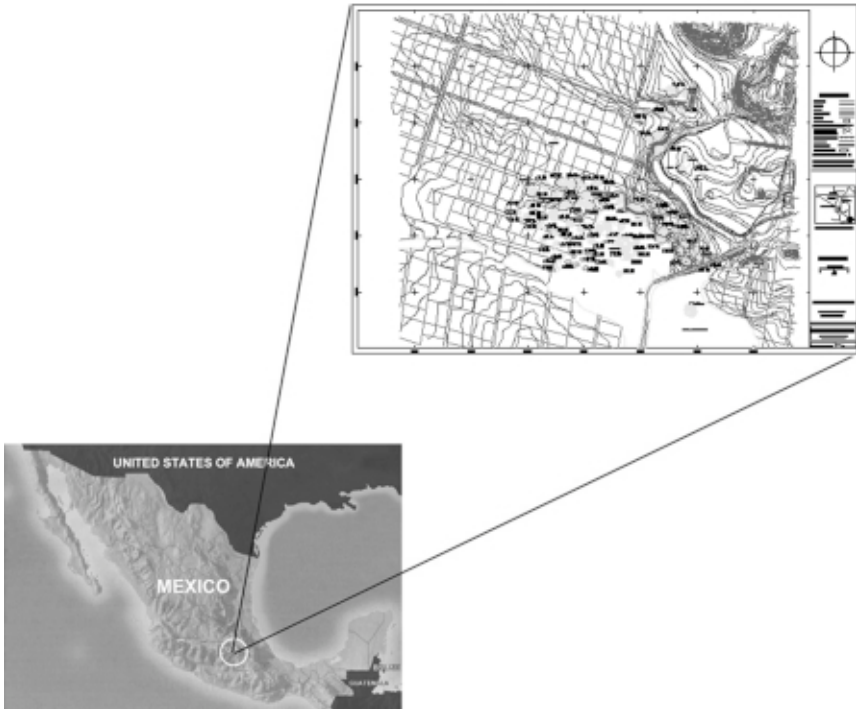


Figura 1. *Ubicación del sitio.*

de que la colonización del valle de Toluca tuviera lugar mucho antes, con los grupos nómadas precerámicos. Sin embargo, no existen datos precisos asociados directamente con la presencia humana, los hallazgos de restos óseos de megafauna provenientes de diversos lugares del valle sugieren que los cazadores de estos animales de principios del Holoceno ya habían llegado a este valle, el más alto y frío de la República Mexicana.

Probablemente nunca se conozca la fecha exacta de la colonización del valle; aunque tampoco es relevante conocerla para comprender la historia humana de la región. Es importante señalar que la relación entre los volcanes y las ciénagas de Lerma con los grupos humanos se establece desde que éstos llegan al valle de Toluca y esa relación se ha mantenido firme con el paso de los años. Aún en la actualidad, cuando el ecosistema lacustre se ha destruido virtualmente a raíz de la desecación de las ciénagas del Alto Lerma y del acelerado crecimiento urbanístico, éstas siguen afectando el bienestar de los habitantes del valle de Toluca.

LA CIÉNAGA DE CHIGNAHUAPAN EN LA HISTORIA DEL VALLE DE TOLUCA

Sin duda, los tres cuerpos de agua somera conocidos como las ciénagas del Alto Lerma tuvieron un papel fundamental en la vida de los grupos humanos del valle de Toluca, sobre todo de los asentados en la zona ribereña. La región lacustre que se extiende en la porción oriental del valle está conformada por las ciénagas de Chignahuapan, Chimaliapan y Chiconahuapan, de sur a norte, y abarca una longitud considerable con 29km (GEM, 1993: XXIII). A diferencia de los lagos de la cuenca de México, éstas destacaron por su agua fluida, debido a que el río Lerma, nacido en la zona colindante entre Almoloya del Río y Santa Cruz Atizapán, surcaba su lecho, conectándolas en su transcurso hacia el norte.

Ante todo, es importante señalar que la zona lacustre ofreció una incalculable riqueza biótica que favoreció la supervivencia humana durante milenios. La benevolencia de las ciénagas para la vida humana quedó atestiguada no sólo por los restos faunísticos y florísticos provenientes de contextos arqueológicos, sino también por la información etnográfica y los documentos coloniales. En efecto, la lista de los recursos lacustres, tanto estacionales como anuales,



Figura 2. Ciénaga de Chignahuapan en la década de 1930.

que fueron aprovechados por los grupos humanos fue larga, y en ella sobresalió la importancia de anfibios, batracios, peces, insectos, aves y plantas acuáticas, entre otros.

Las ciénagas sirvieron también para vincular los asentamientos ribereños al ser excelentes vías acuáticas por donde iban y venían las canoas que transportaban diversos productos agrícolas y artesanales, así como los recursos bióticos provenientes no sólo de la zona lacustre propiamente dicha, sino también de las planicies aluviales y los bosques circundantes. En tiempos prehispánicos, cuando no existían medios de transporte masivo como en el viejo continente, las vías fluviales servían enormemente para agilizar el traslado de grandes volúmenes de objetos.

Aunado a lo anterior, cabe destacar la presencia de múltiples manantiales que constituyeron un paisaje característico de las ciénagas del Alto Lerma (figura 2). A lo largo de la margen oriental de la zona lacustre brotaban caudalosas aguas de manantiales que ofrecían el vital líquido a la población ribereña, hasta apenas hace algunos decenios.

VIDA LACUSTRE EN LA CIÉNAGA DE CHIGNAHUAPAN: EL CASO DE LOS ISLOTES DE SANTA CRUZ ATIZAPÁN

En la margen nororiental de la ciénaga de Chignahuapan, actual cabecera municipal de Santa Cruz Atizapán, estado de México, a finales de la fase Azcapotzaltongo (400-550 dC) y a inicio de la Tilaza (550/600-600/650 dC), se fundó un asentamiento lacustre de importancia considerable, el cual alcanzó su apogeo durante el Epiclásico, específicamente en la fase Atenco (700-900 dC). Dicho asentamiento, denominado como sitio 106-110 o La Campana-Tepozoco (Sugiura Yamomoto, 1980), fue un centro regional importante que seguramente controló, no sólo la región sureste, en especial la zona lacustre del valle de Toluca, sino también las rutas de intercambio entre éste y la región de Tierra Caliente al sur del actual estado de México (Sugiura Yamomoto, 1991, 1999; en prensa). Estuvo conformado por un sector administrativo-cívico-religioso construido sobre terrazas artificiales en la ribera, donde se concentraba el poder gobernante, y por el área de sostenimiento consistente principalmente en numerosos islotes levantados artificialmente en la playa lacustre cercana al nacimiento del río Lerma.

Los habitantes ribereños iniciaron la modificación del paisaje lacustre en la ciénaga de Chignahuapan hace unos 1500 años, al registrarse condiciones climáticas más secas que en la actualidad, las cuales provocaron un descenso

en el nivel del agua. Aprovechando, además, las condiciones particulares de la zona cenagosa, ganaron espacio habitable en la margen nororiental de la ciénaga. Para preparar el área, primero levantaron pilotes de madera en una extensión considerable donde se construyeron más de 100 islotes de varios tamaños, aunque la mayoría consistió en montículos bajos apenas perceptibles sobre la superficie de terreno actual. Naturalmente, no todos ellos se levantaron de forma simultánea ni todos tuvieron la misma pervivencia, ya que algunos fueron abandonados al poco tiempo por diversas causas, mientras que otros continuaron ocupados hasta el final del Epiclásico, hacia 900 dC, cuando toda la zona fue abandonada.

La distribución de dichos islotes y las características contrastantes entre éstos y el sector cívico-religioso del sitio lacustre La Campana-Tepozoco sugieren que la zona de islotes funcionó, primordialmente, como área de sostenimiento del sector central, donde se encontraron varias estructuras públicas monumentales. No obstante, desde el punto de vista del ordenamiento espacial y social, la sociedad isleña se distinguió por su heterogeneidad y complejidad interna, pues no todos los islotes –conocidos localmente como “bordos”– se destinaron al uso habitacional. Las evidencias arqueológicas señalan que, por lo menos uno, denominado como Montículo 20, de donde proviene el material del presente estudio, desde el principio se construyó como un lugar comunal. Dicho espacio público presenta todas las características formales idiosincráticas de ese tipo de lugar cuya función, además, está firmemente definida por las evidencias arqueológicas provenientes de él. Probablemente en este lugar se discutieron y se decidieron asuntos del interés de los isleños.

La distribución de los bordos sugiere también que algunos se construyeron aislados y alejados de los demás islotes, mientras que otros estuvieron aglomerados, formando unidades discernibles.

De esta manera, la complejidad interna de los grupos isleños que habitaron la zona a lo largo de varios cientos de años se manifestó no sólo en la variabilidad de tamaño en los islotes y su patrón de distribución, sino también en los materiales arqueológicos, las técnicas constructivas tanto del islote como de las estructuras públicas y las formas arquitectónicas, entre otros elementos.

En todo momento, el vínculo que establecieron los isleños con su entorno lacustre constituyó la base que reguló su vida, pues de la óptima resolución de los múltiples problemas propios del medio cenagoso dependió la supervivencia de los grupos. Fue indispensable mantener un equilibrio delicado entre ellos y, sólo así pudieron asegurar su permanencia en este medio lacustre. Cualquiera

alteración provocada en este frágil balance pudo afectar inmediatamente la conducción de vida y, en casos extremos, ocasionar su destrucción completa.

Por ello se entiende que los ritos, ceremonias y costumbres relacionados con lo acuático ocuparan un lugar preponderante dentro de la vida lacustre, como lo atestigua una gran variedad de elementos acuáticos que caracterizan las figurillas (figura 3) y los adornos de incensarios y braseros.

La cultura material recuperada en las excavaciones de uno de los islotes de Santa Cruz Atizapán exhibe claramente que estos isleños formaron parte de la esfera teotihuacana, y que el código cultural de la gran urbe que dominó una vasta región mesoamericana influyó en la vida de los grupos asentados en el valle de Toluca conforme Teotihuacan fue adquiriendo mayor importancia política. También es cierto que en ese legado cultural se encontraban abundantes elementos acuáticos. No obstante, el amplio empleo de dichos elementos debe interpretarse en relación con el medio en el que se desarrolló la vida isleña en Santa Cruz Atizapán. La profunda implicación del entorno lacustre se encontró en la presencia de pesas para redes, puntas de flecha y bolas para cerbatana, utilizadas no sólo como herramientas para las actividades de caza y pesca, sino depositadas como objetos rituales (figura 4). Aunado a lo anterior, vale la pena mencionar que en las prácticas funerarias observadas en los islotes de Santa Cruz Atizapán



Figura 3. *Figurillas recuperadas en excavación, algunas presentan motivos acuáticos.*

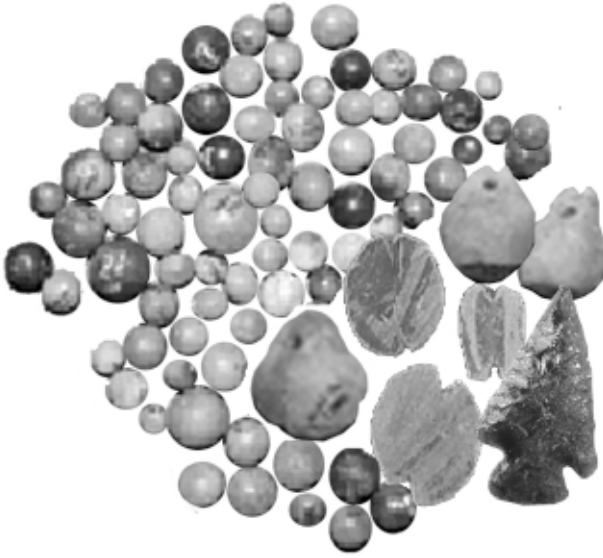


Figura 4. *Artefactos relacionados con diversas actividades lacustres.*

destaca la cantidad de entierros infantiles, algunos de los cuales aparentemente expresaron la importancia de lo acuático en la vida de los isleños.

EL ESPACIO PÚBLICO Y EL ENTIERRO 5 EN EL ISLOTE 20 DE SANTA CRUZ ATIZAPÁN

Las exploraciones arqueológicas del islote 20 de Santa Cruz Atizapán descubrieron construcciones de carácter público abandonadas hacia el año 900 dC, es decir, a finales del Epiclásico –cuya cronología comprendió desde la fase Azcapotzaltongo (400-550/600 dC) hasta la Atenco (700-900 dC). Si bien es cierto que a lo largo de varios cientos de años cambiaron la forma y el estilo arquitectónico de las ocho estructuras públicas identificadas –de una masiva con plataforma rectangular hecha con rocas a una circular más ligera con un murete bajo de rocas y sostenida con un gran número de postes–, todas ellas se levantaron una sobre otra, en un mismo lugar, con un ligero desplazamiento en dirección oriente y norte. La calidad y diversidad del material utilizado; las dimensiones de dichas estructuras y el cuidado con el que se edificaron implican que su construcción requirió no sólo de las técnicas precisas que permitieron resolver los problemas

de un suelo blando y con humedad excesiva, sino también de una mayor inversión de energía comparada con las de las casas habitación sencillas construidas a su alrededor.

Dicha idea es reforzada por las características de los elementos arqueológicos asociados directamente con esta área, tales como una serie de enterramientos colocados en lugares específicos, el supuesto *tlecuil* de grandes dimensiones con abundante material orgánico carbonizado, un cubo de piedra con motivos alusivos al planeta Venus esculpidos a manera de bajorrelieve y fragmentado al parecer intencionalmente, y una almena de estilo teotihuacano, entre otros. Además, es importante señalar que en su área circundante se localizó un considerable número de áreas expuestas al fuego. En la última etapa de ocupación se levantaron seis empedrados rectangulares bien identificados, y probablemente uno más. De todos ellos, seis estuvieron colocados en dirección norte-sur, a una distancia regular de 1.10 a 2.5m entre ellos y, uno al oeste del sexto empedrado. Desafortunadamente, su estado de conservación impidió definir su altura original. Otro elemento asociado con el área de estructuras públicas consistió en los depósitos de desechos, mayormente cerámica, en los cuales se distinguieron las grandes ollas de almacenamiento. También fragmentos de pizarra, algunos de ellos rayados, se recuperaron alrededor de las estructuras rectangulares de las primeras ocupaciones.

En cuanto al material cerámico, la frecuencia considerablemente alta de fragmentos de sahumadores, incensarios y braseros adornados con motivos acuáticos, tales como caracoles y conchas, así como de los elementos relacionados con el dios Tlaloc, pareció concordar con el supuesto uso del espacio.

Todo lo anterior nos refuerza la idea de que gran parte del islote 20 no fue utilizado para simples casas habitación, sino que fue seleccionado y construido para albergar un espacio público. Como hemos señalado, éste pudo haber funcionado como un lugar comunal en donde se tomaban acuerdos respecto a los asuntos de interés de los isleños, además de realizar las actividades cívicas y religiosas, en las cuales la cuestión lacustre o acuática naturalmente relacionada con la supervivencia del grupo isleño tuvo una importancia fundamental.

Durante las excavaciones arqueológicas del islote 20 se recuperaron 27 enterramientos humanos, correspondientes a 49 individuos. La mayoría fue conformada por restos infantiles en diversas etapas de crecimiento. El contexto específico de donde provinieron y su ubicación indican que algunos infantes fueron depositados como parte de ofrendas, y no que éstas fueran colocadas para acompañar a los muertos.

De los entierros, el identificado con el número 5, descubierto durante la temporada de campo 2000, mereció un estudio particular, ya que se trató de un individuo muerto aparentemente en parto, que conservó al infante dentro de la cavidad pélvica. Cronológicamente, dicho entierro parece pertenecer a la etapa transicional entre el Clásico y el Epiclásico, o la fase Tejalpa (*ca.* 600/650-700/750 dC), momento histórico de gran interés en el que coexistieron, por una parte, el material cerámico con elementos clásicos teotihuacanos que aún después de su colapso siguió utilizándose y, por otra, el que supuestamente predominó después del ocaso de la gran metrópoli teotihuacana, el Coyotlatelco. Aunque no se localizó asociado directamente, ya que fue encontrado unos seis metros hacia el norte, el contexto y la profundidad en la que se identificó dicho entierro nos permitieron correlacionarlo con la cuarta estructura pública, la cual se registró como la última de las cuatro con planta rectangular, con una superficie aproximada de 87m², correspondiente a la fase transicional Tejalpa (figura 5).

Vale la pena mencionar que su ubicación, aunque no correspondió a la misma profundidad, lo hizo con uno de los empedrados mencionados anteriormente (figura 6), específicamente con la esquina suroeste del sexto, dentro de la capa de relleno. Al suroeste del entierro se localizó una intrusión de material carbónico de 1.40 por 0.92m, no obstante, no fue clara la asociación con aquél.

La cronología de estos siete empedrados debe pertenecer a una etapa tardía de ocupación, probablemente a la fase Atenco (*ca.* 700-900 dC), es decir, en plena etapa del Epiclásico. Si bien es cierto que aún no se ha discernido la función específica de dichos empedrados —conformados por bloques de roca burdamente careados, pero colocados intencionalmente—, la forma, la dimensión, la distancia entre ellos, la ubicación dentro del montículo 20 y la orientación, debieron tener implicaciones de orden público y ritual, por tanto, la ubicación del entierro 5 coincide con su esquina suroeste, independientemente de que dicho entierro no estuvo directamente asociado con el empedrado por encontrarse en un estrato más profundo. En todo caso, tanto su asociación con una de las estructuras públicas como su ubicación parecen sugerir que el enterramiento se realizó deliberadamente y tuvo una importancia propia, lo cual determinó su lugar.

Otro aspecto que vale destacar es que, previo al enterramiento de esta joven se cavó una fosa funeraria, cuya evidencia fue identificada en el contexto arqueológico (figura 7). La fosa tiene una forma vagamente rectangular y es de dimensiones considerables (54 por 88cm), cuyos límites fueron claros en



Figura 5. Sector sur de la Estructura 4 Central, tomado desde el sureste.



Figura 6. Empedrados 5 y 6, tomados desde el este.



Figura 7. Entierro 5 con fosa que corta la capa de tepojal.

sus lados este, sur y oeste, ya que al cavarla se cortó la capa de tepojal (piedra pómez reducida a arena) de la Estructura 11 (SCAT-T2). La diferencia entre los colores del relleno de fosa y el color blanco de la capa de tepojal permitió definir bien los límites.

Durante la excavación aparecieron primero las rótulas, debido a la posición en la que fue enterrada, luego los huesos largos inferiores, parte de una ofrenda y el cráneo. Posteriormente fueron descubiertas las vértebras y costillas. Al avanzar hacia el oeste se encontró el brazo derecho colocado sobre el vientre y el izquierdo flexionado, con el radio y cúbito paralelos a las vértebras. A este nivel, el sacro no era visible, ya que se encontró cubierto bajo la ofrenda. Una vez levantada, se descubrieron los pequeños y frágiles huesos de un infante en la cavidad pélvica. Así, la diferencia entre la parte más alta y la más baja fue apreciable ya que varió unos 30cm.

Durante la exploración se definió que se trataba de un entierro colectivo, formado por dos individuos: una joven de sexo femenino (individuo 5) y un infante (individuo 5-A). Fue un entierro primario, simultáneo y directo. La posición fue decúbito dorsal semiflexionado con orientación al oeste. El cráneo y la región escapular se encontraron ligeramente levantados, mientras que la espalda descansaba sobre una ligera elevación del terreno. El brazo derecho

se encontraba flexionado sobre la porción abdominal, como si manifestara el gran dolor de parto que soportaba el individuo y el izquierdo se hallaba ligeramente separado del cuerpo, abriéndose el húmero, el cúbito y el radio hacia la derecha. Ambas piernas se encontraron flexionadas hacia la izquierda y ligeramente levantadas a la altura de las rótulas. En ambas manos faltaban algunas falangetas y no se pudo determinar la causa de dicha ausencia, no se sabe si se debió a la recuperación incompleta de los restos óseos o al corte intencional derivado de alguna costumbre prehispánica (figura 8).

Las particularidades de dicho entierro se manifestaron no sólo en su ubicación y el tamaño de la fosa, sino también en su posición, en decúbito dorsal y semiflexionada.

Se menciona que para facilitar la expulsión del producto, la mujer preñada recoge las piernas dobladas sobre su abdomen e inclina la cintura hacia delante (Barba de Piña Chan, 1993: 38; Viesca T., 1984: 215). Cuando al inicio



Figura 8. Entierro 5 en planta (dibujo de F. Botas).

del proceso de parto, la posición del producto en el vientre materno, al inicio del proceso de parto, no está correcta, boca arriba y con las piernas recogidas, la partera trata de acomodarla para que la mujer pueda expulsar el producto, motivo por el cual ella requiere encontrarse acostada como lo señala el *Códice Florentino* (figura 9) (Dibble y Anderson, 1981: figuras 24 y 25; López Austin, comunicación personal).

El entierro 5, a diferencia de la gran mayoría de los encontrados en Santa Cruz Atizapán, fue el único en posición decúbito dorsal semiflexionado, que pareció coincidir con la posición del proceso del parto ilustrada por Sahagún (1979) en el *Códice Florentino* (figura 10).

Como se mencionó anteriormente, en la cavidad pélvica se encontraron contenidos los huesos de un infante, muerto posiblemente durante el proceso del parto. Su cráneo se localizó debajo de las piernas de su madre, mientras que el resto del cuerpo se extendía hacia la región abdominal, donde finalmente los huesos largos inferiores, como la tibia y el peroné derechos quedaron sobre el



Figura 9. *Tlazoltéotl*, Códice Borbónico (Anderson *et al.*, 1991: lámina 13).

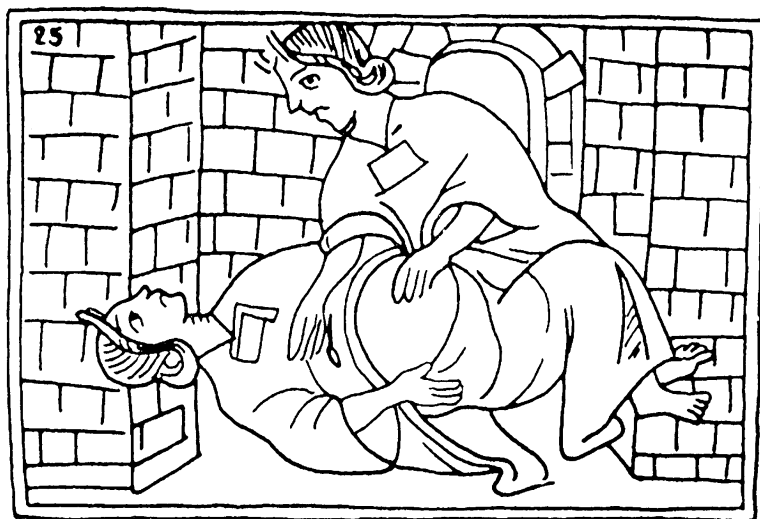


Figura 10. *Una partera ausculta a una mujer embarazada*, Códice Florentino (Libro 6, Capítulo 27, foja 130).

sacro de la mujer. La posición de dicho infante fue irregular, con los miembros superiores extendidos y de los inferiores el derecho extendido y el izquierdo flexionado (figura 11).

Basados en el contexto y la posición en la que se encontraron los restos óseos, y retomando estudios de medicina forense que señalan que después de la muerte se presenta una serie de signos cadavéricos tardíos, tales como el enfriamiento general del cuerpo, la rigidez cadavérica, la lividez y la putrefacción, y que en esta última hay un proceso de descomposición de materias albuminoides orgánicas con producción de gases, inflamación de órganos y expulsión del contenido del colon y útero (Fernández Pérez, 1998: 191-193), consideramos que en el caso de esta joven la expulsión parcial del producto ocurrió después del fallecimiento.

En general, ambos individuos presentaron buen estado de conservación; no obstante cabe señalar que en el caso de la joven mujer se detectaron algunas inserciones de sales amarillentas y azulosas en los huesos y una coloración azulosa en los dientes, provocados aparentemente por las condiciones químicas del terreno.

Los elementos directamente asociados con estos individuos consistieron en tres tipos de ofrenda: varios objetos cerámicos, material lítico y un cráneo de perro común, macho, en edad adulta. Los primeros estuvieron conformados



Figura 11. *Infante contenido en la cavidad pélvica.*

por fragmentos de un sahumerio, tres cajetes superpuestos, un cajete miniatura y fragmentos de un incensario decorado con picos y soportes en forma de asa. En cuanto al material lítico, consistió en cuatro guijarros o cantos rodados y una navajilla prismática de obsidiana gris vetada, colocada aparentemente *ex profeso* entre el brazo izquierdo y las costillas. Finalmente, al levantar el cráneo de la joven hacia su lado izquierdo, apareció el cráneo de un perro (figura 12).

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS OSTEOLÓGICAS DE LOS INDIVIDUOS CORRESPONDIENTES AL ENTIERRO 5

Con base en las medidas pélvicas (Genovés, 1962) y las caracterizaciones morfológicas diferenciales (Krogman e Iscan, 1986), se determinó que el individuo 5 fue una mujer muy joven. Como hemos señalado, éste conservó aún parte de un esqueleto infantil en su cavidad pélvica y bajo ambos fémures. Tanto la posición en la que se encontró el producto como su grado de maduración sugieren que, en efecto, la joven murió en el proceso del parto.

En el momento de su muerte ella tenía una edad de entre 18 y 20 años. Si bien aún no hacían erupción los terceros molares hemos determinado dicho



Figura 12. *Cráneo de un perro depositado como ofrenda.*

rango de edad con base en las características de los bordes de las vértebras y la pelvis, que ya presentaban su osificación inicial; en los resultados del análisis de la unión de las epífisis de los huesos largos y del omóplato (McMinn y Hutchings, 1990; Testut y Latarjet, 1979); y en la morfología del pubis y la superficie auricular en ambos coxales (Lovejoy y Meindl, 1985).

La joven muerta no presentó evidencias de lesiones provocadas por alguna enfermedad o por causas culturales, fuera de un ligero desgaste dental en molares y de reabsorción alveolar (gingivitis) ligera en maxilar y mandíbula. Las alteraciones ligeras en dientes pueden ser atribuidas a una dieta abundante en elementos abrasivos o a las actividades de subsistencia como el trabajo del tule u otras fibras vegetales. Asimismo, la leve reabsorción alveolar pudo haber sido ocasionada por falta de una adecuada limpieza bucal, más que por alguna enfermedad.

Además, en la columna vertebral se observa colapsamiento medio en vértebras cervicales y en las dorsales 1 y 5; y los ligamentos de inserción muscular en clavícula izquierda, húmero izquierdo y cúbito derecho están sumamente marcados. Dichas características contrastan con las condiciones gráciles que presentaron los demás huesos del esqueleto. No obstante, descartamos que dicho colapsamiento en vértebras cervicales fuera provocado por enfermedad. En su lugar, se consideró que la presión en esa parte de las vértebras fue conse-

cuencia de sobrecargas a la altura del cuello. Asimismo, los ligamentos de inserción muscular, muy marcados en brazos y antebrazos, pueden ser interpretados como resultado de alguna actividad cotidiana realizada con los miembros superiores.

El individuo 5-A, como hemos reiterado, estuvo contenido en la región abdominal y piernas de la joven mujer (individuo 5) y fue un producto en término, pues tuvo 9.5 meses lunares, edad que se determinó por la longitud y anchura de sus huesos largos y por el grado de desarrollo óseo (Kosa, 1989) y dental (Ubelaker, 1989; Esponda, 1994). Dicho infante no presentó evidencia de enfermedad o lesión intencional.

PARTICULARIDADES DE LAS OFRENDAS ASOCIADAS CON EL ENTIERRO 5

Partiendo de lo mencionado por Hubert y Mauss de que “la ofrenda implica la entrega de algo que debe ser correspondido y teniendo en cuenta la diferencia de dimensiones entre los seres humanos y los dioses, éstos deben dar algo grande a cambio de los pequeños dones de los hombres” (Hubert y Mauss, 1970: citado por López Austin, 1997: 211), López Austin (1997: 212) destaca la complejidad dual de la práctica de ofrenda: por un lado, los dioses necesitan de la colaboración de los seres humanos y por el otro, los hombres, a través de las ofrendas, pueden comunicarse con los dioses. Así, la ofrenda desempeña el papel de vehículo que media la relación entre dos niveles cósmicos, es decir entre los seres humanos y los dioses (*idem*).

Los hombres, por su parte, realizan actos, a través de los cuales transforman los bienes ofrendados en objetos asimilables por los dioses y, para tal motivo, matan simbólicamente los objetos o los colocan en los lugares indicados para que los dioses puedan aprovecharlos (López Luján, 1993: 54, citado por López Austin, 1997: 213).

De esta manera, la ofrenda constituye “una pista para encontrar las características que los hombres atribuían a los distintos dioses como una vía para la comprensión de los mensajes que les dirigían. Es, por lo tanto, un mensaje y carga al ritual de valores de código” (*idem*).

Así pues, podemos destacar la importancia y la implicación simbólicas no sólo del enterramiento físico de la joven muerta en el proceso de parto, sino también de la rica ofrenda con la que fue enterrada esta joven. Fue, en efecto, el único enterramiento que se distinguió no sólo por la cantidad, sino también por la diversidad de ofrendas.

Un conjunto de objetos cerámicos, algunos completos y otros sólo fragmentos, se encontró colocado al lado derecho, a la altura de la pelvis del individuo. Un cajete miniatura completo (3cm de altura y 7cm de diámetro), de base anular, cuyo borde interior estuvo decorado con una banda roja, fue encontrado boca abajo justo a la altura del codo derecho (figura 13).

Le siguen, en dirección oeste, tres cajetes, también completos, aunque dos de ellos aparecieron fragmentados. Se encontraron boca arriba y uno sobre otro. El primer cajete es semiesférico con paredes curvas ligeramente abiertas (12.9cm de diámetro, 4.6cm de altura y 0.5cm de grosor, similar en los demás). El de enmedio fue también semiesférico con paredes curvas menos abiertas que el anterior, sin soporte y con el fondo y la base ligeramente redondeados. El tamaño fue similar al del anterior (4.7cm de altura y 12.1cm de diámetro). Sobre el fondo del mismo se identificó una mancha de pigmento rojo. El tercero, ubicado bajo los otros, completo y de altura irregular (promedio 4.7cm de altura y 12.4cm de diámetro), presentó paredes curvas, pero con menor divergencia y base cóncava.

Cabe mencionar que en el relleno de estos cajetes se encontró también un pigmento rojo, identificado como óxido de hierro,¹ sobre todo en la base de uno de los cajetes que bien pudo haber sido tapado por una base anular (5.1cm de diámetro y 1.5cm de altura), perfectamente recortada de un cajete semiesférico abierto, con decoración al negativo. La composición del motivo no se pudo identificar completamente, pero consistía en líneas onduladas al negativo, comúnmente empleadas dentro de la tradición cerámica coyotlatelco.

De lo anterior quedó claro que los tres cajetes fueron de tamaño uniforme y factura modelada. Además compartieron otras similitudes como el color monocromo en café rojizo con tonalidades diversas y un acabado de mediana calidad, dejando líneas visibles de pulimento a palillo. También la hechura tuvo un acabado regular con cierta irregularidad en la superficie y los bordes ondulados, indicando falta de cuidado. La hechura descuidada se evidenció también en la falta de control durante la cocción, ya que todos presentaron manchas oscuras o negruzcas, las cuales indican oxidación incompleta. Salvo el motivo de líneas ondulares en negativo que se identificó en el fondo fragmentado, el color y las características de la pasta, así como las formas de estos cajetes parecen corresponder cronológicamente a la fase Tejalpa, transicional entre el Clásico y el Epiclásico, en la que aún pervivieron algunos rasgos más bien

¹ La identificación del pigmento se realizó en el Laboratorio de Química del Instituto de Investigaciones Antropológicas por el Ing. Luis Torres Montes.



Figura 13. *Materiales ofrendados a la mujer.*

de la tradición clásica que de la epiclásica o la coyotlatelco, que se caracteriza por un color más claro, tendiente al cremoso y por una pasta frecuentemente con núcleo oscuro.

Alrededor de dichos cajetes superpuestos se localizaron fragmentos de otros objetos cerámicos de uso ritual como un sahumador e incensario con picos, y algunos utilitarios, los cuales sirvieron también para identificar la cronología. El sahumador, que presenta evidencia de haber sido utilizado, tiene un mango de un diámetro que varía de 3.6 a 4.5cm, y una longitud de unos 14cm. Comparado con el mango del sahumador común coyotlatelco, éste es más grueso y corto. El sahumador ofrendado a esta joven muerta en parto se distingue por tener un acabado mate e irregular, en parte, alisado y sin calado ni decorado como el del coyotlatelco, el cual se caracteriza por un buen acabado, frecuentemente decorado con pintura roja sobre el fondo cremoso y perforaciones en la cazoleta. El mango del sahumador coyotlatelco termina en punta cerrada, mientras que el de la ofrenda tiene la apariencia de un tubo hueco cortado. Todo lo anterior parece reforzar la idea de que dicho sahumador presenta ciertas características diagnósticas del Clásico.

A diferencia de la cerámica, la lítica ofrendada fue escasa y consistió únicamente en una navajilla prismática de obsidiana gris, cuatro guijarros o can-

tos rodados y una supuesta punta con muesca de basalto con concreciones de color blanquizco (6cm de largo, 4.3cm de ancho y 0.9cm de espesor), así como lascas de basalto de grano fino y un fragmento pequeño de pizarra. De éstos, los más intrigantes son los guijarros, tres de los cuales presentan un color gris blanquecino y uno cafetoso. Aparentemente todos son de basalto y su tamaño uniforme nos hace pensar que fueron seleccionados cuidadosamente para la ofrenda. Su variación longitudinal es de apenas un centímetro de la más pequeña (4.4cm) a la más grande (5.5cm), mientras que su anchura se diferencia tan sólo cinco milímetros entre las dos extremas (de 3.2 a 3.7cm). Asimismo, los cuatro compartieron casi el mismo grosor, variando de 2 a 2.6cm. Su presencia no fue fortuita, sino perfectamente intencional para formar parte de las ofrendas. Si bien no pudimos esclarecer su significado, López Austin (comunicación personal) sugiere la posibilidad, a partir de datos etnográficos de los tepehuas reportados por Williams García (1963: 279), de que estos cuatro pequeños cantos fueran utilizados para algunos actos rituales de curanderismo.

El tercer tipo de ofrenda consistió en un cráneo de perro, colocado a una profundidad mayor que la del cráneo de la joven madre. Ciertamente, éste se encontró ligeramente levantado, mientras que el del perro se registró unos 20cm más abajo, aparentemente a la misma profundidad que los restos óseos del infante. El cráneo ofrendado, en excelente estado de conservación, presentó la misma orientación que el de la mujer joven, viendo hacia el occidente a 290° del norte y colocado justo a su lado izquierdo.

De esta manera, las características del material ofrendado nos señalan claramente la importancia de la joven enterrada junto con su producto.

ALGUNAS MENCIONES ACERCA DE LA MUJER MUERTA EN PARTO Y EL PENSAMIENTO COSMOLÓGICO MESOAMERICANO EN LOS DOCUMENTOS ESCRITOS DEL MÉXICO ANTIGUO

Es de esperarse que en la región del Altiplano Central, gran parte de la información provenga de documentos mexicanos. Autores como Soustelle (1961: 119; 1996: 139-140), Bray (1968), Dahlgren (1976: 717-718), Viesca T. (1984: 215), Barba de Piña Chan (1993), Rodríguez de Shadow (2000: 157-161), López Austin (1990; 1994), Aramoni (1998) entre otros, coinciden esencialmente en la forma en que la sociedad posclásica, sobre todo la mexicana, concibe el alumbramiento y la muerte en parto y lucubran acerca de su importancia dentro de la cosmovisión mesoamericana, su significado simbólico y su implicación histó-

rica. Si bien es cierto que el contexto en el que se encontró la joven muerta en proceso de alumbramiento del entierro 5 de Santa Cruz Atizapán que pertenece históricamente a una sociedad anterior a la mexica, seguramente la esencia o núcleo de la cosmovisión mesoamericana documentada en los escritos del siglo XVI ya se había establecido para entonces, por lo que no sería erróneo trasportarla al momento del enterramiento de dicho individuo (López Austin, 1990: 34).

Siguiendo a algunos de los autores mencionados anteriormente, entre los mexicas del Altiplano Central de México las mujeres adoptaban durante un parto esta postura básica: la posición de cuclillas con las piernas flexionadas sobre el abdomen y con las manos sobre los glúteos, lo que facilita la expulsión del producto, ya que ejercen mayor presión sobre el canal del parto. Cuando el producto no está colocado correctamente en el vientre materno, la partera tiene que acomodarlo masajeándolo, para ello la mujer preñada se acuesta de espaldas con el vientre descubierto y las piernas dobladas (Barba de Piña Chan, 1993: 38; Viesca T., 1984: 215; León, 1910; Quezada, 1977: 314; Vargas y Matos, 1973). En la época prehispánica, muchas mujeres no tenían la suerte de sobrevivir el doloroso proceso de alumbramiento. La muerte en el parto era provocada principalmente por dos situaciones en el mundo mexica: una, que fuera primeriza, y la otra, que se tratara de un parto difícil. En este caso, debido a la pena soportada se decía que era una *mocihuaquetzqui* (mujer valiente) (Barba, 1993: 38). Las mujeres muertas llegaban así a ser *cihuapipiltin* (mujeres nobles) e iban al templo de las *cihuapipiltin* o *cihuateteo* (mujeres deificadas o mujeres diosas), ya que para una mujer esta muerte significaba la mayor gloria. El destino de las mujeres que murieron luchando infructuosamente por el nacimiento de su primogénito era análogo al de los soldados que perdieron la vida en la batalla, ya que se les consideraba como guerreras al haber tomado a su propio hijo como prisionero. El cuerpo de estas mujeres era bien cuidado durante el entierro. Precisamente por considerarlas guerreras, algunas partes de su cuerpo, por ejemplo el dedo medio de la mano y los cabellos, eran codiciados por los guerreros, ya que podían dar a los combatientes mayor fuerza en la batalla y, además, cegar los ojos del enemigo (Matos M., 2003: 18; Sahagún, 2000: Lib. VI, cap. XXIX, p. 612). Estas mujeres se transformaban en estrellas suspendidas en el firmamento, engendrando la vida eterna, gozosa y deleitable con las diosas celestiales. Después de cuatro años se convertían en mariposas, cuya metamorfosis advierte un paralelismo extraordinario con el camino seguido por las mujeres muertas durante el parto. Entonces bajaban a la tierra por las noches como seres fantasmales (Espínosa, 1996: 92).

Las almas de los muertos van a dos mitades del cielo, siguiendo el camino del sol en su recorrido diario. Los guerreros y sacrificados habitan la parte oriental del cielo y guían al sol desde su salida por la mañana hasta el cenit, que constituye el punto liminar y, a partir de él, es decir del mediodía, las mujeres muertas en el primer parto cortejan al sol durante la segunda mitad de su curso diurno hasta su descenso (Soustelle, 1996: 139-140). Así, estas mujeres van a la parte occidental, llamada *cihuatlampa* (lugar de las mujeres) que corresponde del medio día hasta el ocaso (Dahlgren, 1976: 718), el lugar donde el astro moría para luego volver a nacer a la mañana siguiente.

El occidente es una región de tinieblas. También, es la “región de la muerte del sol” y el lugar del terror. Se considera asimismo, la “región de las nieblas”, que evoca la imagen de la lluvia, consecuentemente de la fertilidad y la fecundidad. Es el punto de contacto entre el mundo del hombre y la otra vida, pues es la puerta del misterio (Soustelle, 1996: 152), pero al occidente, es decir, al periodo de la unión de los opuestos, corresponde también la armonía completa de los paraísos originales (Graulich, 1981: 46).

Por su parte, Aramoni (1998: 148-149), retomando a López Austin (1994), relaciona a las *cihuapipiltin* con las nubes, el agua, la humedad, el viento y el frío de la esfera celeste, y destaca, además, que las aguas celestes y las telúricas se retroalimentan constantemente, conformando una relación sagrada. Entre los datos acerca de dichas cualidades femeninas recuperados de diversas fuentes históricas vale la pena mencionar los proporcionados por Sahagún (2000: Lib. VI, cap. XXIX, p.612), quien dice que “de esta parte occidental, donde habitan las *cihuapipiltin*, sopla el viento frío que hace temblar”. Asimismo, Soustelle (1996: 157) caracteriza el viento del oeste como el “viento del lado de las mujeres”, que es fresco y húmedo. López Austin (1994: 219), a su vez, menciona que en la creencia actual indígena de los tepehuas (Williams García, 1963: 140, citado por López Austin, 1994: 219) se dice que “las mujeres muertas en el parto fueron llevadas por el agua” y se cree ver su paso por el cielo, “en forma de nubes”. El mismo autor apunta lo dicho por Jacinto de la Serna, quien menciona que los indígenas del siglo XVII creían que las *cihuateteo* eran las nubes (López Austin, 1994: 219).

Respecto a las *mocihuaquetzque*, Aramoni (1998: 149) resalta, al igual que de las *cihuapipiltin*, sus cualidades relacionadas con el agua, las nubes y el viento, y piensa que se trata de un “desdoblamiento femenino del Tlaloc, en el sentido de que la diosa madre preside el brote y la germinación, tanto vegetal como humana”, vinculada, además con el proceso muerte-vida.

En lo referente a la concepción mesoamericana del universo, ha sido aceptado ampliamente que el cosmos está estructurado por un dualismo indis-

luble, en el que se integran elementos en contraposición. Un ejemplo sobresaliente es la relación Sol y Luna; uno de los casos más documentados en la historia mesoamericana, el mexica, define al este como el lugar por donde nacen el Sol y Venus, y corresponde al rumbo masculino del universo, caliente y luminoso; es la región de la juventud, del maíz tierno, de los dioses jóvenes de la vegetación, mientras que el oeste, dominio de la luna, se vincula con lo femenino y es acuático: es la “región de la muerte del sol”, la “región de las nieblas” y como tal evocaba la imagen de la lluvia, de la fertilidad y la fecundidad (Soustelle, 1996: 152). El norte se define como el lugar del frío y de la muerte, en contraposición con el sur, considerado como el lugar de lo húmedo y de la fertilidad.

El oeste, a su vez, se relaciona con el sol de la tarde, el cual, de acuerdo con Graulich (1981: 45), no es más que su propio reflejo en el espejo, por lo tanto es un sol falso. A su vez, la constelación *heavenly body*, que se observa en el cielo a partir del mediodía hasta el ocaso, puede llamarse un sol alunado (*lunar sun*), que se encuentra a medio camino entre el sol verdadero y la noche. Es el sol de la unión de los opuestos.

Para el caso del entierro 5 de Santa Cruz Atizapán, el de una joven cuya muerte sobrevino al no lograr expulsar su primer producto por causas no identificadas sólo mediante las evidencias arqueológicas, y que correspondería a la mujer muerta en su primer parto, nos interesa naturalmente ese sol de la segunda mitad de su recorrido diurno, el del oeste.

La luna, como uno de los dos centros de energía cósmica, está estrechamente vinculada con el sol que constituye su contraparte. Dicha relación puede manifestarse en una forma armoniosa con él o en una relación de conflicto. Se sabe que la luna tiene como padres a Chalchiuhtlicue y a Tlaloc, uno de los dioses más antiguos en Mesoamérica. La luna es fuente inagotable de vida y de fuerza regenerativa y rige los patrones de los ritmos vitales, tejiendo una red de armonías, simetrías y asimilaciones entre los diferentes planos cósmicos y enlazando fenómenos heterogéneos (Aramoni, 1998: 153).

La luna cambia su apariencia de manera cíclica: nace, crece, mengua y muere. Precisamente por esta capacidad de transformación cíclica la luna contiene la complementariedad de los opuestos como vida-muerte, luz-oscuridad y cielo-inframundo. Se relaciona, naturalmente, con la fertilidad y la fecundidad, pero también con la muerte. Numerosas deidades están asociadas con las diferentes fases lunares como Tlazolteotl, Coyolxauhqui, Coatlicue, Cihuacoatl Quilaztli o Mayahuel, las cuales aparecen con elementos distintivos de la luna en su entorno, así como en sus atavíos. Entre ellos, además de la

serpiente y la media luna, destacan el caracol marino y la concha, los cuales pueden referirse a la procreación propiamente dicha, pues la cualidad de la concha en el sentido de poder guardar un producto en su interior y ser capaz de cerrar y abrir, se metaforiza con el útero que en el proceso del parto se abre para dar paso al niño (Aramoni, 1998: 158). Todo ello caracteriza los mitos relativos a la luna, entre los que destaca la asociación mujer-fecundidad-agua-lluvia (Soustelle, 1996: 153).

Resumiendo lo dicho a lo largo de presente escrito, podemos destacar que existe una estrecha relación entre la mujer muerta en parto y el rumbo occidental —el sol alunado, la luna— que, como hemos puntualizado, se refiere a una relación luna-agua-tierra-fertilidad-mujer/hombre, es decir, procreación (Aramoni, 1998: 158). A partir de lo dicho en torno a la interrelación entre la mujer muerta en parto, *cihuapipilli*, el sol alunado, la luna y Tlaloc, se hace patente la importancia singular que tuvo la joven madre del entierro 5, muerta en el proceso de alumbramiento de su primogénito, dentro de la sociedad lacustre que florecía en la ciénaga de Chignahuapan hace 1 300 años. Su muerte no sólo la convirtió en una *cihuapipilli*, una guerrera valiente, sino también atrajo los beneficios requeridos para poder mantener un equilibrio delicado con su entorno lacustre y continuar su vida.

EL PERRO, ACOMPAÑANTE DEL MUERTO EN EL PENSAMIENTO COSMOLÓGICO MEXICANO

El papel del perro como acompañante del muerto en el viaje al otro mundo se ha documentado ampliamente en la historia humana. En Mesoamérica tenemos información proveniente de los cronistas. Sahagún (2000: Ap. del Lib. III, cap. I, p. 329), por ejemplo, menciona que el muerto tiene que soportar un viaje penoso de cuatro años hasta llegar a la novena región del Mictlan. En la primera de las nueve regiones se encuentra un río caudaloso, el Chignahuapan, y para asegurar que el muerto pueda cruzarlo sus parientes lo entierran junto con el cadáver de un perro bermejo, sobre el cual nadará para cruzarlo.

Así, el muerto era enterrado con un perro al lado, el cual debía acompañarlo en el viaje al otro mundo. La posición en la que se localizó el cráneo de perro indica que antes de enterrar a la joven muerta se depositó dicha ofrenda, aludiendo que montando sobre el perro, ella pudo cruzar el río. Acerca de su presencia en el ritual mortuario, dice Soustelle (1996: 142) que:

...era Xólotl, el dios que había sabido penetrar en el infierno al comienzo de los tiempos y robar de allí las osamentas de donde los dioses habían sacado la nueva raza humana [...]; guía las almas hasta su última morada. Itzcuintli, 'el perro', es el signo de uno de los 20 días del calendario adivinatorio, día cuyo patrón no es otro que el dios del infierno.

EL SIGNIFICADO DEL ENTIERRO 5 EN LA SOCIEDAD LACUSTRE DE SANTA CRUZ ATIZAPÁN

Respecto a lo que hemos venido señalando a lo largo del presente artículo podemos recapitular lo siguiente: entre otros individuos enterrados en el islote 20, artificialmente construido en la ciénaga de Chignahuapan, el entierro 5 (figura 14) corresponde a una mujer joven que, a juzgar por la edad que se le adjudica, murió en el trance del parto de su primer hijo. Fue encontrado con una serie de ofrendas que manifiestan fuerte carga de simbolismo que caracteriza la cosmovisión mesoamericana. Dicha implicación simbólica se refuerza, además, por la posición misma del enterramiento, su ubicación en una fosa



Figura 14. *Reconstitución del entierro 5 (dibujo de F. Botas).*

mortuoria, la cual cortaba una capa de tepojal bajo uno de los empedrados, y al noreste de una de las estructuras de carácter público, correspondiente a la fase Tejalpa, un corto periodo de transición entre el Clásico y el Epiclásico; la forma de colocar las ofrendas, pero sobre todo la causa misma de muerte en parto de su primogénito, implica por sí sola un significado particular en la cosmología mesoamericana.

Hemos señalado que el significado de su muerte se desenvuelve dentro de una trama muy compleja, en la cual sobresale lo relacionado con el rumbo occidental —el sol/luna-la luna-agua (telúrica y celeste)-tierra-fertilidad-mujer/hombre—, es decir, todo lo que implica la procreación.

Otro aspecto que consideramos pertinente señalar es la dirección no sólo de cráneo-pie, sino también la posición facial apuntando hacia el Nevado de Toluca, punto geográfico de referencia adonde, aún hoy día, acuden los peregrinos para rendir culto al dios de la lluvia. Lo anterior refuerza el significado particular de esta joven muerta en parto, acompañada con diversos tipos de ofrendas que implican, a su vez, la importancia de este tipo de muerte en la sociedad prehispánica, pero sobre todo en aquélla para cuya supervivencia se requiere mantener una relación armoniosa y estable con su entorno lacustre, como es el caso de los isleños de Santa Cruz Atizapán.

Agradecimientos

Este escrito fue realizado en el marco del proyecto 30696-H con financiamiento aportado por CONACyT y el IN403199 financiado por la DGAPA. Agradecemos especialmente al doctor Alfredo López Austin la revisión del escrito, sus comentarios y aportaciones que enriquecieron el contenido de este artículo, también a Manuel de la Torre por la primera corrección del texto.

REFERENCIAS

- ANDERS, F., M. JANSEN Y L. REYES (INTRODUCCIÓN Y EXPLICACIÓN)
1991 *Códice Borbónico*. Col. Códices Mexicanos III, Fondo de Cultura Económica, México.
- ARAMONI, M. ELENA
1998 *Complejos conceptuales indígenas alrededor del espacio sagrado del Tlalocan: un estudio comparado en México*. Tesis doctoral de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ARNAULD, M., P. CAROT, Y M. FAUVERT-BERTLELOT

1993 *Arqueología de las tomas de la exciénega de Zacapu*. Cuadernos de Estudios Michoacanos, México.

BARBA DE PIÑA CHAN, BEATRIZ

1993 Las cihuapipiltin, sublimación de la muerte por parto. Barbro Dahlgren J. (comp.) *III Coloquio de Historia de la religión en Mesoamérica y áreas afines*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 31-55.

BRAY, WARWICK

1968 *Everyday life of the Aztecs*. B. T. Batsford, Londres.

DAHLGREN J., BARBRO

1976 Una vida cotidiana. Carmen C. de Leonard (coord.) *Esplendor del México antiguo*, 2ª edición, Editorial del Valle de México, México: 689-728.

DIBBLE, CHARLES E. Y ARTHUR J. ANDERSON

1981 *Florentine Codex. General History of the Things of New Spain, Fray Bernardino de Sahagún*. Ch. E. Dibble y A. J. O. Anderson (trad.) notas e ilustraciones de Ch. E. Dibble y A. J. O. Anderson, 12 volúmenes, School of American Research, University of Utah, Santa Fe, Nuevo México.

ESPINOSA, GABRIEL

1996 *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*. Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

ESPONDA, V. R.

1994 *Anatomía dental*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

FERNÁNDEZ PÉREZ, RAMÓN

1998 *Elementos básicos de medicina forense*. Sexta edición, Méndez Editores, México.

GEM (GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO)

1993 *Atlas ecológico de la cuenca hidrográfica del río Lerma*. Tomo I, Cartografía. Comisión Coordinadora para la recuperación ecológica de la cuenca del río Lerma, México.

GENOVÉS, SANTIAGO

1962 *Introducción al diagnóstico de la edad y el sexo en restos óseos prehistóricos*. Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México, México.

GRAULICH, MICHEL

- 1981 Metaphor of the Day in Ancient Mexican Myth and Ritual with a Comment. *Current Anthropology* 22 (1): 45-60.

HUBERT, H. Y M. MAUSS

- 1970 De la naturaleza y función del sacrificio. Marcel Mauss (ed.) *Lo sagrado y lo profano*, Barral Editores, Barcelona: 143-262.

KOSA, FEREC

- 1989 Age Estimation from the Fetal Skeleton. Iscan M. Y. (ed.) *Age markers in human skeleton*: 21-53.

KROGMAN, WILTON Y M. YASAR ISCAN

- 1986 *The Human Skeleton in Forensic Medicine*. Charles C. Thomas publisher, Springfield, Illinois.

LEÓN, NICOLÁS

- 1910 *La obstetricia en México*. Talleres Gráficos de la Nación, México.

LÓPEZ AUSTIN, ALFREDO

- 1990 *Los mitos de Tlacuache*. Alianza Editorial Mexicana, México.
 1994 *Tamoanchan y Tlalocan*. Fondo de Cultura Económica, México.
 1997 Ofrenda y comunicación en la tradición religiosa mesoamericana. Xavier Noguez y Alfredo López Austin (coord.) *De hombres y dioses*, Colegio de Michoacán, Colegio Mexiquense, México: 210-227.

LÓPEZ LUJÁN, LEONARDO

- 1993 *Las ofrendas del Templo mayor de Tenochtitlán, México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

LORENZO JOSÉ LUIS Y LORENA MIRAMBELL

- 1986 *Tlapacoya: 35 000 años de historia del lago de Chalco*. Colección Científica 115, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

LOVEJOY, O. Y R. S. MEINDL

- 1985 Chronological Metamorphosis of the Auricular Surface of the Ilium: A New Method for Determination of Adult Skeletal Age at Death. *American Journal of Physical Anthropology* 68:15-28.

LYNNE COSTIN, CATHY

- 1999 Formal and Technological Variability and the Social Relations of Production. Crisoles from San José de Moro, Perú. Elizabeth Chilton (ed.) *Material*

Meanings, Critical Approaches to the Interpretation of Material Culture, Foundations of Archaeological Inquiry, University of Utah Press, Salt Lake City.

MATOS M., EDUARDO

- 2003 Embarazo, parto y niñez en el México prehispánico. *Arqueología mexicana* X (60): 16-21.

McMINN Y HUTCHINGS

- 1990 *Gran atlas de anatomía humana*. Tomos I y II, Editorial Océano Centrum, Barcelona.

NIEDERBERGER, CHRISTINE

- 1976 *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*. Colección Científica 30, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- 1987 *Paleopaysages et Archeologie pre-urbaine du Bassin de Mexico*. Centre d' Etudes Mexicaines et Centramericaines, Collection Etudes Mésoaméricaines I-II, vol. XI, tomo II, México.

O'HARA, SARAH, ALAYNE STREET PERROT Y TIMOTHY BURT

- 1993 Accelerated Soil Erosion Around a Mexican Highland Lake Caused by Prehispanic Agriculture. *Nature* 362: 48-51.

PARSONS, JEFFREY R., ELIZABETH BRUMFIEL, MARY PARSONS Y D. J. WILSON

- 1982 *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico: the Chalco-Xochimilco Region*. Memories of the Museum of Anthropology 14, University of Michigan, Ann Arbor.

QUEZADA, NOEMÍ

- 1977 Creencias tradicionales sobre embarazo y parto. *Anales de Antropología* XIV: 242.

RODRÍGUEZ DE SHADOW, MARÍA J.

- 2000 *La mujer azteca*. Colección Historia 6, Universidad Autónoma del Estado de México, México.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

- 1979 *Códice Florentino*. Secretaría de Gobernación, 3 volúmenes, México.
- 2000 *Historia general de las cosas de la Nueva España*. 2 Tomos, Colección Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

SERRA PUCHE, MARI CARMEN

- 1988 *Los recursos lacustres de la cuenca de México durante el Formativo*. Colección Posgrado 3, Coordinación General de Estudios de Posgrado, Instituto de

Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

SOUSTELLE, JACQUES

- 1961 *Daily Life of the Aztecs*. Weindfeld & Nicolson, Middlessex, Inglaterra.
 1996 *El universo de los aztecas*. Fondo de Cultura Económica, México.

SUGIURA YAMAMOTO, YOKO

- 1980 Informe de Primera Temporada del proyecto Arqueológico del Valle de Toluca, presentado ante el Consejo Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, ms.
 1991 *El Epiclásico y el valle de Toluca: un estudio de patrón de asentamiento*. 2 volúmenes, tesis doctoral en antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
 1999 *Historia general del estado de México*. Tomo I Arqueología, El Colegio Mexiquense.
 En prensa *El hombre y la región lacustre en el valle de Toluca: proceso de adaptación en los tiempos prehispánicos*. IV Coloquio Bosch-Gimpera, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

TESTUT, L. Y A. LATARJET

- 1979 *Tratado de anatomía humana*. Tomo I Osteología-Artrología-Miología, Salvat editores, Barcelona.

TOLSTOY, PAUL

- 1971 Recent Research into Early Preclasic of the Central Highlands Contributions. *Archaeological Research Facility* 11.

VARGAS, LUIS ALBERTO Y EDUARDO MATOS M.

- 1973 El embarazo y el parto en el México prehispánico. *Anales de Antropología* X:297.

UBELAKER, DOUGLAS

- 1989 Human Skeletal Remains, Excavation, Analysis, Interpretation. *Manuals on Archeology* 2.

VIESCA TREVIÑO, CARLOS

- 1984 Prevención y terapéutica mexicas. *Historia general de la medicina en México*, Tomo I México Antiguo, Universidad Nacional Autónoma de México, México: 201-216.

WILLIAMS GARCÍA, ROBERTO

- 1963 *Los tepehuas, Xalapa Veracruz, México*. Instituto de Antropología, Universidad Veracruzana, México.

